Edmundo Kean

Quintana



EDMUNDO KEAM.

EDMUNDO KEAM,

DRAMA EN CINCO ACTOS EN PROSA Y VERSO,

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. MANUEL FLORENCIO DE QUINTANA.

Representado con extraordinario éxito en la noche del 31 de Enero de 1875 en el Teatro de NOVEDADES.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1875.

PERSONAJES.	ACTORES.
MISS ANA DAMBY.............	SRA. ALONSO.
ELENA, condesa..................	GONZALEZ.
DUQUESA DE GROSVILL..........	BAÑON.
PISTOLL......	SRTA. CATALAN.
GUIDDA..............	LEON.
EDMUNDO KEAM..................	SRES. MONTIJANO.
EL PRÍNCIPE DE GALLES.......	FUENTES.
SALOMON...............	RUIZ.
CONDE DE HOCEFELD..	REBOLLEDO
LORD MERVILL.................	PARDIÑAS.
PETER-PAT..........	RECIO.
CONSTABLE......	CATALAN.
JHON COAS...	MONTIJANO.
UN AUTOR......................	LEON.
DARIUS...............	PEREZ.
UN BEBEDOR..................	N. N.
CRIADO 1.º.....................	N. N.
CRIADO 2.º.........	N. N.

Marineros, titiriteros y acompañamiento.

Cada acto tiene su título particular.—1.º El convite.—2.º La orgía.—3.º La taberna de Peter-pat.—4.º El teatro de Druy-Lanc.—5.º El príncipe de Galles.

NOTA. El cuarto acto está dividido en dos cuadros, y la mutacion debe hacerse casi instantáneamente.

AL ILMO. Y EXCMO. SEÑOR

DON MIGUEL LOBO Y MALAGAMBA.

CAPITAN GENERAL DEL DEPARTAMENTO DE CARTAGENA.

Testimonio fiel de la profunda gratitud de que le es deudor, y del sincero afecto que le profesa

Manuel Florencio de Quintana.

ACTO PRIMERO.

EL CONVITE.

Salon magníficamente adornado.

ESCENA PRIMERA.

ELENA y la DUQUESA.

ELENA. ¡Oh! qué amable sois; cuánto os agradezco que hayais venido temprano. Tengo tantas cosas que deciros!

DUQ. Por eso vengo la primera; así podremos hablar sin que nadie nos incomode, porque yo tambien tengo muchas cosas que deciros; y la primera, hermosa veneciana, es que vuestros cabellos y vuestros ojos negros, son siempre el más bello adorno de nuestros salones.

ELENA. Despues de ese torneado cuello, esas blancas manos, y ese esbelto talle. ¡Oh! Bien dijo vuestro gran poe La Inglaterra es un nido de cisnes flotante en las agu a de un gran lago... Sentémonos. (Se sientan.)

DUQ. Con mucho gusto; estoy tan cansada... Como había carreras de caballos en Marcharves, y he ido á ellas, me he levantado á las diez. Esto es madrugar demasiado.

¡Oh! sólo por venir aquí he salido. ¿Y vos qué habeis hecho?

ELENA. He estado ocupada en los preparativos del...

DUQ. ¿Y anoche, no salísteis de casa?

ELENA. Fuí á Druy-Lanc.

DUQ. ¿Qué representaban?

ELENA. Hamlet y el Sueño de una noche de verano.

DUQ. ¿Quién hacía Hamlet?

ELENA. Edmundo Keam.

DUQ. ¿Por qué no me avisásteis que os tocaba el turno de palco? Os hubiera pedido un asiento.

ELENA. Y yo os le hubiera dado con mucho gusto. Keam estuvo admirable.

DUQ. ¿Sí?

ELENA. ¡Sublime!

DUQ. ¡Qué entusiasmo!

ELENA. ¿Os sorprendeis? No ignorais que las italianas no sabemos disimular nuestros sentimientos.

DUQ. ¿Me prometeis no reñirme si os revelo un secreto?

ELENA. Veamos.

DUQ. Preparaos á oir el mayor de los absurdos. No sé por dónde empezar... Es tan ridículo lo que voy á deciros...

ELENA. ¿Qué es pues?

DUQ. ¿Nadie puede oirnos?

ELENA. Me poneis en cuidado.

DUQ. Pues bien; os diré que empieza á notarse la frecuencia con que concurris á Druy-Lanc.

ELENA. ¿De veras? Já! já! já! Tanto mejor: no debe desagradar á vuestros compatriotas, que una extranjera sea tan apasionada de Shakspeare.

DUQ. Sí, pero añaden que no vais á la iglesia para rogar á Dios, sino para admirar al sacerdote.

ELENA. ¿Á Joung?

DUQ. No.

ELENA. ¿Á Hamble?

DUQ. Á Keam.

ELENA. ¡Qué locura! ¿Y quién esparce tales voces?
DUQ. Nunca se sabe quién propala esos rumores.
ELENA. ¿Conque yo amo á Keam?
DUQ. Dicen que con delirio.
ELENA. ¿Y me critican?
DUQ. Os compadecen... Amar á un hombre como Keam...
ELENA. Poco á poco, Duquesa; aún no lo he confesado. ¿Pero veamos por qué no se ha de poder amar á Keam?
DUQ. En primer lugar, porque es un cómico, y esas gentes que no son admitidas en nuestros salones...
ELENA. No deben ser recibidas en nuestros gabinetes. Sin embargo, algunas veces he encontrado á Hamble en la cámara del duque de York.
DUQ. Es verdad.
ELENA. Y no veo por qué se han de establecer distinciones, entre el actor Hamble y el actor Keam.
DUQ. La mala reputacion de Keam, querida mia.
ELENA. Le calumniais.
DUQ. Sólo vos ignorais su conducta; es el verdadero héroe del desórden y el escándalo. Se jacta de oscurecer la fama de Lordag por sus numerosas conquistas, rivaliza en lujo con el príncipe real, y sin embargo, por un raro contraste en que se deja ver la humildad de su cuna, no bien se ha quitado el manto de Ricardo cuando viste el traje de marinero, y corre de taberna en taberna, hasta que acaban por llevarle á su casa, en la que muy pocas veces entra por sus piés.
ELENA. Seguid, seguid.
DUQ. ¿Quereis más? Pues bien, está lleno de deudas, y se dice de él que especula con el capricho de algunas grandes señoras para escapar á la persecucion de sus acreedores.
ELENA. ¿Y han podido sospechar que yo amaba á semejante hombre?
DUQ. Ya comprendereis que yo no lo he creido, ni Milady, ni lord Delmors.
ELENA. ¡Ah! Se me olvidaba preguntaros por él. ¿Cómo está?

DUQ. ¿Quién?

ELENA. Lor Delmors.

DUQ. ¿Sé yo por ventura lo que él hace?

ELENA. Perdonad; tengo la costumbre de preguntar á todo el mundo por él. Es un jóven de bellísimas prendas: buena figura, elegante... Sólo que es demasiado hablador.

DUQ. ¿Hablador?

ELENA. Sí, pero nadie lo cree... nadie... Ay, os he interrumpido. Hablábais de...

DUQ. Ya no me acuerdo. ¡Ah! y no veremos á nuestro embajador esta noche?

ELENA. Nó parece sino que teneis un talisman que hace órdenes vuestros deseos. Vedle allí.

ESCENA II.

DICHAS y el CONDE DE HOCEFELD.

CONDE. Que salga un correo al instante y aproveche el primer buque que se dé á la vela. Estos pliegos han de llegar á su destino sin ningun retardo. (Desde el foro á un criado.)

DUQ. Por fin deja la política europea un momento de descanso al señor Conde de Hocefeld.

CONDE. El Conde de Hocefeld ha dispuesto que todos los soberanos de Europa esperen hasta mañana, á fin de consagrar esta noche á la reina de Inglaterra, á la hermosa Duquesa de Grosvill.

DUQ. Qué desgracia que no se pueda creer una palabra de todo cuanto decis.

LENA. ¿Nó acaba de asegurar que ha abandonado la diplomacia hasta mañana?

DUQ. La costumbre es una segunda naturaleza.

CONDE. En ese caso, hablaré mal de vos ¿Quién os viste, milady? Ese traje os sienta muy mal. Si al ménos tuviéseis los cabellos rubios y los ojos negros, esta hermosura original borraría los demas defectos... ¡Oh! puede asegurarse que una persona tan poco favorecida por la

naturaleza como vos, debe tener envidia de todo el mundo. Y bien, digo verdad ahora?

DUQ. Como ántes.

CONDE. ¿Pues entónces, qué creereis?

DUQ. Lo que no me digais.

CONDE. Es una desgracia que las señoras no sean embajadoras.

DUQ. ¿Por qué?

CONDE. Porque se le ocultarían muy pocos secretos.

DUQ. (Á Elena.) ¡Oh! Qué precioso abanico teneis!

ELENA. Es regalo del príncipe de Galles.

CONDE. Conque lord Grosvill?...

DUQ. No ha podido venir; está ayudando á lord Mervill á mal casarse.

CONDE. ¡Ah! sí; dicen que se casa con una rica heredera, co cuyo dote cuenta para restaurar su fortuna. ¿Cómo se llama? Miss Ana?...

DUQ. Ana Damby creo... es un nombre vulgar... no recuerdo bien...

CONDE. (Á Elena.) La que tiene su palco frente al nuestro en Druy-Lanc, y que tanto te llama la atencion por su constancia en asistir al teatro: aunque á decir verdad, lo mismo puede haber notado ella en tí.

ELENA. Sí, sí; ya sé.

DUQ. ¿Á que no adivinais la libertad que acabo de tomarme? He pedido á mi querida Elena un asiento en su palco para la primera noche que trabaje Keam... ¡Es tan buen actor!... ¡Tiene tanto talento!...

CONDE. ¿Deseais verle?

DUQ. Más de lo que podeis figuraros... y sobre todo, de cerca: vuestro palco está en el proscenio, y no se debe perder un solo movimiento de su fisonomía.

CONDE. Pues hoy mismo vereis cumplido vuestro capricho, mejor aún de lo que imaginais.

DUQ. ¿Es posible? Cómo? Dónde?

CONDE. Aquí mismo. Le he convidado á comer.

ELENA. ¿Sin avisarme?

DUQ. ¿Convidar á Keam?

CONDE. Era una sorpresa que preparaba al Príncipe Real, á quien procuro hacer la córte, siguiendo las instrucciones que he recibido, pero me habeis arrancado mi secreto. Decid todavía que soy diplomático.

CRIADO. Una carta para el señor Conde. (Con carta en una bandeja.)

CONDE. ¿Me permitís, señora?

DUQ. Con mucho gusto.

CONDE. (Leyendo.) «Siento en el alma, señor Conde, no poder asistir á vuestro convite; un negocio que no puedo dilatar me priva de tal satisfaccion. Tened la bondad de ponerme á los piés de la señora condesa.»

ELENA. (Ap.) (Respiro.)

CONDE. Convengamos en que vivimos en un siglo muy particular. ¡Despreciar un cómico el convite de un ministro!

DUQ. Más bien parece una excusa.

CONDE. Es un desaire en regla.

CRIADO. (Anunciando.) Su alteza real el Príncipe de Galles.

ESCENA III.

DICHOS y el PRÍNCIPE DE GALLES.

PRINC. (Riéndose y saludando al mismo tiempo.) ¡Oh! á fe mia que es maravilloso. Perdonad, condesa, si entro en vuestra casa con tan poco respeto; pero acabo de saber en este momento una aventura que circula ya por todo Lóndres.

ELENA. Estais dispensado; pero con la condicion de que nos la habeis de contar.

PRINC. Voy á complaceros al momento.

ELENA. Os advierto que no creeré una palabra de lo que vais á decir.

DUQ. Pero aunque no lo creamos lo divulgaremos.

PRINC. Pues bien. ¿Conoceis á lord Mervill?

CONDE. El que iba á casarse con una plebeya.

PRINC. Iba. Habeis dicho muy bien.

DUQ. Me parece que era cosa hecha... y que hoy...

PRINC. Pues ha tenido la candidez de creerlo como vos; ha puesto de nuevo casa, caballos, coches, acreedores y créditos; todo lo ha renovado, todo, en una palabra; pero desgraciadamente en el momento mismo de ir á la iglesia fueron á buscar á la novia, que tardaba demasiado, y encontraron la puerta abierta. La jóven había desaparecido.

ELENA. ¡Pobre muchacha! Querrían sacrificarla!... Tal vez amaría á otro! ¿Le habrá sucedido alguna desgracia?

PRINC. Y advertid que vive á quinientos pasos del Támesis. (Se rie.)

CONDE. Se habrá arrojado á él: la vista contínua del agua...

DUQ. ¡Dios mio! ¿Y os reis de eso?

PRINC. Tranquilizaos, señora; el estar viendo contínuamente el agua le ha dado deseo de viajar; y como un viaje á solas es muy poco agradable, ha buscado compañía, que seguramente no la abandonará en el camino.

DUQ. ¿Y se sabe el nombre del raptor?

PRINC. Uno de los más ilustres de Inglaterra.

DUQ. Príncipe, Príncipe, os suplico...

CONDE. Quizá estais comprometiendo á su alteza con esas preguntas.

PRINC. Malicioso. Bien podeis estar seguro de que no. La plebe se halla libre de mis ataques, porque con ella hay mucho riesgo y poca gloria. No, señora, es un nombre más ilustre que el mio... Una testa coronada hace mucho tiempo.

ELENA. ¿Pero quién es?

PRINC. No lo adivinais. ¿Hace una hora que os lo estoy indicando, y... quién puede ser sino Edmundo Keam.

ELENA. ¿Edmundo Keam?... Es imposible.

CONDE. ¡Imposible! ¿Por qué? Eso explica su negativa: sólo un negocio de tanta importancia pudiera haber privado á mister Keam de la satisfaccion de asistir á nuestro convite.

ELENA. (Ap.) (¡Dios mio!)

CONDE. Y me alegro infinito. Si el rapto se hubiera verificado mañana, podría sospecharse que yo era cómplice suyo.

PRINC. Y quizá tambien hubiese ocasionado un rompimiento entre Inglaterra y Dinamarca. Conque señoras, es preciso celebrar este acontecimiento, que ha evitado una guerra exterior, y que nos proporciona la paz en el interior.

DUQ. ¿Pues qué, nos amenazaba alguna revolucion?

PRINC. Más que eso. Nos hallábamos en un estado de guerra civil permanente. Matrimonialmente hablando, no había marido que pudiese responder de su mujer, ni amante de su amada. Es una felicidad para la moral pública, y no me admiraría que la mitad de Lóndres iluminase esta noche.

DUQ. ¿Pues qué, era hombre tan terrible?

ELENA. (Ap.) (¡Ah! Qué tormento, Dios mio!)

CONDE. Verdaderamente es lance muy gracioso; de esos que sólo se ven en Inglaterra.

PRINC. Cuidado, querido Conde, que los embajadores están medio naturalizados.

ELENA. Señor... (Con disgusto.)

PRINC. Dispensadme, señora condesa.

DUQ. ¿Y creeis que sea cierta la noticia?

PRINC. ¿Que si lo creo? Apuesto que en este momento se encuentra Keam camino de Liverpool.

CRIADO. (Anunciando.) ¡Mister Keam!

LOS TRES. (Asombrados.) ¡Mister Keam!

PRINC. ¡Ah! Esto se va complicando.

CONDE. Que entre.

ESCENA IV.

DICHOS y KEAM.

KEAM. Milady... milord... espero que dispensareis la contradiccion que hay entre mi carta y mi conducta; pero una circunstancia imprevista ha frustrado mis proyec-

tos obligándome á obrar de este modo. Ofrezco mis respetos á vuestra alteza.

CONDE. Confieso que no os esperaba; tanto por lo que me escribísteis, como por los extraños rumores que se han esparcido con respecto á vos.

KEAM. Esos rumores precisamente me han traido á vuestra casa, señor Conde, porque aunque exagerados, tienen algunos visos de verdad. Sí, miss Ana fué á mi casa, pero no encontrándome en ella, dejó esta carta. He creido que el mejor medio de demostraros mi gratitud por el convite que habeis tenido la atencion de hacerme, era el de valerme de vos para hacer pública en todo Lóndres su inocencia y la mia... Honor por honor.

CONDE. ¡Vuestra inocencia! Ó sois inocente, ó sois culpable. Si sois inocente bastará que desmintais públicamente esos rumores.

KEAM. ¿Bastará que yo desmienta públicamente los rumores que se han esparcido? Oh! Señor Conde, creeis que no conozco las calumnias á que nos expone nuestra crítica posicion? Un mentis dado por el actor Keam, bastará á á los artistas que saben que es un hombre honrado; pero no tendrá ningun valor para aquellos que sólo le conocen como un hombre de talento. Es preciso que esta justificacion se haga por una persona cuya elevada clase y buena reputacion inspiren respeto y confianza... Por ejemplo, la señora condesa... y podrá hacerlo sin temor, si se digna leer esta carta.

PRINC. (Ap.) (¿Á dónde irá á parar?)

CONDE. Leadla vos.

KEAM. Perdonadme, señor Conde: un secreto del que depende la felicidad, el porvenir, y tal vez la existencia de una mujer, no puede confiarse más que á otra mujer. Hay secretos de delicadeza que nosotros los hombres no podemos comprender. Solamente suplico á la señora condesa que no lo revele á nadie. En cuanto sepa todo el mundo que ella sabe y afirma que Edmundo

Keam no es culpable del rapto de miss Ana, todo el mundo lo creerá.

PRINC. ¿Y mi clase no me autoriza á entrar en el secreto?

KEAM. Señor, todos los hombres son iguales ante un secreto de honor. Señor Conde, vuelvo á suplicaros...

CONDE. Si la condesa consiente; y realmente teneis tanto interés como manifestais, no veo inconveniente en consentir.

KEAM. No dudo que la condesa ratificará el favor que os dignais concederme.

ELENA. No sé... si...

KEAM. Os lo suplico.

DUQ. (Cogiendo del brazo al Conde.) Vamos, Conde, luégo que vuestra esposa sepa el secreto lo adivinareis al momento.

PRINC. Y cuando lo sepais nos lo comunicareis. Á ménos que esto no sea contrario á las instrucciones de vuestro gobierno.

ELENA. Dadme esa carta ya que su lectura puede justificaros. (El Príncipe, la Duquesa y el Conde, se acercan á la chimenea. Keam junto á Elena.)

KEAM. Tomadla.

ELENA. (Leyendo.) «He estado en vuestra casa y no os he en»contrado. Con deciros que á pesar de no conoceros, de »esta entrevista pende la felicidad de toda mi vida, »basta para asegurar que os encontraré mañana. Ana »Damby á Keam.» Gracias, gracias. ¿Pero qué habeis contestado?

KEAM. Volved la hoja, señora.

ELENA. «No sabía cómo veros, Elena, y no me atrevía á escri»biros; una ocasion se presenta, y la aprovecho. Ya sa»beis que poco podemos vernos...»

KEAM. Dignaos leer hasta el fin.

ELENA. «Al cabo he hallado un medio, por el cual, si verdade»ramente me amais, podremos estar juntos una hora »sin comprometernos. El encargado de despachar bille»tes en el teatro de Druy-Lanc es persona de toda mi

»confianza. Si parais vuestro carruaje cerca de él, po-»deis entrar con un pretexto muy natural. El despacho »tiene una puerta secreta que da á mi cuarto, y el en-»cargado sabe que debe introducir por ella á una se-»ñora vestida de negro, y cubierta con un velo, que »vendrá á verme la primera noche de representacion.» Tomad vuestra carta.

KEAM. Mil gracias, señora condesa. Señor Conde... milady... señor... (Saluda.)

DUQ. ¿Y bien, Elena?
PRINC. ¿Señora?
CONDE. Condesa.
(Hacen esta pregunta simultáneamente mientras Keam sube al foro.)

ELENA. Se acusa sin fundamento á mister Keam del rapto de miss Ana.

KEAM. (Desde el foro.) Gracias, señora condesa. (Saluda y váse.)

PRINC. (Ap.) (¡Ah! Mister Keam, mister Keam, esto es una charada cuya solucion no se me escapará.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

LA ORGIA.

Gabinete bien amueblado en casa de Keam.

ESCENA PRIMERA.

Aparece KEAM en bata y dormido en una butaca, y SALOMON arreglando la habitacion y recogiendo las botellas que hay en el suelo, restos de la orgía.

SAL. ¡Demonio! Demonio! El combate ha sido sangriento. Cuando reflexiono que tengo delante de mí, tirado como un luchador rendido por el cansancio, al noble, al sublime Keam, al amigo del príncipe de Galles, al rey de los trágicos pasados, presentes y futuros... que empuña en este momento el cetro... He dicho el cetro y no me he equivocado. Oh, Dios mio, Dios mio!... (Quiere arrancarle á Keam una botella que tiene en la mano.)

KEAM. (Despertando.) ¿Qué diablos haces, Salomon?

SAL. Ya lo veis; quería quitaros de entre las manos esta pobre botella que estais ahogando. (Mostrándosela.)

KEAM. Se me figura que no me he acostado esta noche.

SAL. Me ofrecísteis tanto que dormiríais en casa...

KEAM. ¿Y acaso he dormido fuera?

SAL. No, pero...

KEAM. No me riñas, mi buen Salomon.

SAL. ¿Creeis que llevando esa vida?...

KEAM. ¡Bah! Por beberse un par de botellas de Burdeos!

SAL. ¿Y desde cuándo acá las botellas de Burdeos tienen este rótulo? «Rom de Jamáica.» ¡Ah señor, señor!...

KEAM. Tienes razon, amigo mio, tienes razon; conozco que me quita la vida esta conducta relajada, pero qué quieres, no puedo evitarlo. Es preciso que un actor comprenda todas las pasiones para que las pueda expresar. Yo las estudio por mí mismo, que es el modo mejor de conocerlas.

PISTOL. (Desde fuera.) ¡Señor Salomon! Señor Salomon! ¿Se puede entrar?

KEAM. ¿Quién es?

SAL. ¡Ay! Ahora me acuerdo. Señor, es un pobre muchacho, del cual no os acordareis. El hijo del anciano Bob... Pistol el saltimbanqui....

KEAM. ¡Yo olvidar á mis antiguos amigos! Entra, Pistol, entra.

PISTOL. Entro de piés ó de manos?

ESCENA II.

DICHOS y PISTOL.

KEAM. De pie, porque quiero estrechar tu mano entre las mias.

PISTOL. ¡Oh mister Keam! es demasiado honor!

KEAM. ¡Pobre muchacho! ¿Y cómo va la compañía?

PISTOL. ¡Ps! Trampeando.

KEAM. ¿Y lletti la rubia?

PISTOL. Amándoos siempre. Pero no es extraño; habeis sido el primer galan de la compañía...

KEAM. ¿Y el viejo Bob?

PISTOL. Tocando la trompeta como un desesperado. Han querido destinarle á un regimiento de primer corneta con el grado de cabo y no ha admitido.

KEAM. ¿Y tus hermanos?

PISTOL. Los pequeños hacen ya los primeros ejercicios, los mayores dan el salto del Niágara y bailan en la maroma.

KEAM. ¿Y tú?

PISTOL. Yo he heredado vuestro vestido y vuestro espadon; hago ahora el arlequin, pero no gusto tanto como vos.

KEAM. ¿Y vienes á que te dé algunas lecciones?

PISTOL. ¡Oh! No, no. Otro motivo me ha traido aquí. Cuando vió mi padre que Dios le hacía el favor de mandarle otro hijo, con el que cuenta trece, exclamó:—«Mal número tienes, á más de haber nacido en viernes. Es preciso elegirle un padrino de pró.—¿Y quién será?—dijo mi madre.—¿El príncipe de Galles ó el rey de inglaterra?—Mejor que eso,—grité yo,—mister Keam!—Excelente! Excelente! gritaron todos.—Pero ¡ah! no querrá, no querrá; hay hoy tanta diferencia de él á nosotros!... Está tan alto!... Pues bien, dadme una escalera y yo iré: y aquí me teneis abrigando la esperanza de que no me desairareis.

KEAM. ¡No, por vida de Shakspeare! El que ha sido banquero y saltimbanqui como yo, no puede hacer eso. No tengas cuidado; tendrá tu hermano un bautizo en regla.

PISTOL. Es hermana, pero para el caso es igual. ¿Y cuándo?

KEAM. Esta misma noche si quieres.

PISTOL. Corriente. ¿Pero tendreis tiempo para encontrar una comadre?

KEAM. Ya la tengo.

PISTOL. ¿Quién?

KEAM. Iletti la rubia. ¿Crees que aceptará?

PISTOL. ¡Cómo si aceptará! Pobre muchacha! No la conoceis; será preciso decírselo con precaucion, porque se desmayaría de placer. ¡Oh! Qué alegría la espera!... Adios, mister Keam, adios.

KEAM. ¿Te marchas?

PISTOL. Sí; voy á tranquilizar á la familia con tan buenas noticias.

KEAM. Salomon, acompaña á ese muchacho hasta su casa y entrega de mi parte á su madre diez guineas para las envolturas.

PISTOL. Cuidado no os arrepintais; eso haría derramar muchas lágrimas.

KEAM. Descuida.

PISTOL. ¡Ah! Se me olvidaba. ¿Donde será el gaudeamus?

KEAM. En casa de Peter-pat, taberna del Carbon. ¿La conoces?

PISTOL. Jé... jé... Iria allá con los ojos vendados: en el puerto, á diez pasos del Támesis. Donde se reunen los marineros. Adios, mister Keam. Adios.

ESCENA III.

KEAM, CRIADO.

KEAM. Excelente familia. ¡Oh! Nunca olvidaré el tiempo que he pasado con ella. ¡Cuántas veces he tenido que acostarme sin cenar, diciendo que no tenía apetito, para dejarles mi parte! Entónces me parecía tan difícil que cayese una guinea en mi bolsillo, como que se desprendiera una estrella del cielo. ¿Y acaso he ganado tanto en separarme de ellos?

CRIADO Señor. Una jóven que dice haberos escrito ayer, desea hablaros.

KEAM. ¡Ah! Sí, miss Ana Damby. Decidla que entre y que tenga la bondad de esperar un momento.

CRIADO. Podeis pasar. (Keam entra en el gabinete y á poco sale con carrik.)

ESCENA IV.

MISS ANA, cubierta con un velo, KEAM, y luégo SALOMON.

ANA. ¿Tendré bastante valor para decirle el motivo que me conduce aquí? ¡Dios mio! Dadme fuerzas.

KEAM. Me habeis hecho el honor de escribirme. Me consideraré muy dichoso si puedo seros útil.

ANA. Disimulad mi turbacion; es muy natural, y por modesto que seais, vuestra reputacion y vuestro talento...

KEAM. ¡Señora! Por vuestra carta de ayer veo que puedo serviros en algo; mi deseo de complaceros es grande, y sin embargo, no me atrevo á suplicaros que me digais... Un favor cuesta tan poco...

ANA. Sí: habeis adivinado el objeto de mi venida. Espero mucho de vos. Se trata de mi felicidad, de mi porvenir... de mi vida tal vez...

KEAM. ¿Vuestra vida? por todas partes donde ella brille, nacerán flores como bajo un rayo de sol.

ANA. Puede que los años que me restan de vida sean algo más felices que los pasados. Hace un cuarto de hora que me preguntaba á mí misma si debía venir á veros, ó morir.

KEAM. Me asustais, señora!

ANA. Ayer estaba aún prometida á un hombre que desprecio, y con el que quieren casarme, no mi madre ni mi padre, pues por desgracia soy huérfana, sino un tutor á quien mis padres legaron al morir su autoridad. Ayer debía consumarse mi desgracia, si no hubiera por locura ó por inspiracion abandonado la casa de mi tutor: luégo pregunté dónde viviais, me dieron las señas, y he venido...

KEAM. ¿Y á qué debo la honra de que me hayais elegido para consejero ó defensor?

ANA. Vuestro ejemplo me ha probado que es posible crearse por sí mismo recursos honrados y gloriosos.

KEAM. ¿Habeis pensado en el teatro?

ANA. Sí; hace mucho tiempo puse mis ojos en esa carrera!

KEAM. ¡Pobre niña!

ANA. Parece que me compadeceis, y sin embargo, no me contestais.

KEAM. Sois tan jóven, tan candorosa, que cometería un crimen si no os respondiera francamente. ¿Me permitís que os hable como un padre?

ANA. ¡Oh, sí; os lo suplico!

KEAM. Sentaos y nada temais: desde este momento sois tan sagrada para mí, como si fuéseis mi hermana. Habeis visto el lado brillante de nuestra existencia, y os ha deslumbrado. Yo debo mostraros por completo esta medalla que tiene dos coronas en sus dos caras: de flores la una, la otra de espinas.

ANA. Hablad, pues.

KEAM. Sois hermosa, ya os lo he dicho. La hermosura es algo, y á veces mucho para la carrera que deseais emprender... pero no es todo: es lo que dá la naturaleza; falta lo principal, lo que hace el arte.

ANA. ¡Oh! dirigida por vos, estudiaré, haré progresos, y adquiriré un nombre.

KEAM. No digo que no... Dentro de cinco ó seis años... porque todo se alcanza con el tiempo y el estudio... Hay genios privilegiados. Creo que sereis una de esas excepciones, y que dentro de algun tiempo, con vuestro talento y reputacion, nada tendreis que envidiar á vuestras rivales, porque sólo buscareis la gloria, y con vuestros bienes...

ANA. Todo lo he abandonado al salir de casa de mí tutor.

KEAM. Es decir, que nada teneis.

ANA. Nada.

KEAM. Pues bien; suponiendo que poseeis todas las disposiciones necesarías, os harán falta seis meses de estudio ántes de vuestra primera salida.

ANA. Felizmente aprendí en mi infancia todas las labores propias de mi sexo. ¡Trabajaré!

KEAM. Está bien: al cabo de seis meses de estudio, partiendo siempre del principio de que son brillantes vuestros primeros ensayos, encontrareis un director que os ofrecerá cien libras esterlinas al año.

ANA. Siendo tan limitados mis deseos, y mi vida tan retirada, con esa cantidad seré rica.

KEAM. Es la cuarta parte de lo que necesitareis sólo para vestiros. La seda, el terciopelo y los diamantes cuestan mucho; y no estando dispuesta á vender vuestro amor

para adornaros...

ANA. ¡Ah! Señor!

KEAM. Perdonad; callaré al instante si así lo quereis. Esta conversacion quedará olvidada apenas salgais de esta casa.

ANA. Hablad. (Deja caer su velo al rostro.)

KEAM. Puede sin embargo suceder, que tengais la suerte de encontrar un hombre noble, rico y generoso que os ame y á quien ameis. Que no os dé sus riquezas, sino que las divida con vos: entónces se evita el primer peligro, la primera humillacion. Pero ya os he dicho que sois hermosa.... Vos no conoceis á los periodistas ingleses. Hay algunos que han comprendido su elevada mision; que son partidarios de todo lo noble, defensores de todo lo bello, admiradores de todo lo grande: éstos son la gloria de la prensa: pero hay otros, á los que su incapacidad ha convertido en críticos. Éstos son envidiosos de todo lo grande, persiguen todo lo noble, manchan todo lo bello, y abaten lo que su mezquino talento no alcanza á comprender. Alguno de ellos os encontrará hermosa por desgracia vuestra: primero atacará vuestro talento, en seguida vuestro honor. Sintiéndoos inocente, querreis saber la causa de tales acusaciones; ireis á su casa como habeis venido á la mia... Le preguntareis el motivo de su ódio, y lo que debeis hacer para que cese, y él os contestará que habeis formado mal juicio de sus intenciones; que admira vuestro talento, y que no os aborrece, al contrario, que os ama: os levantareis como acabais de hacerlo, y os dirá: «Sentaos, señorita, ó mañana...»

ANA. ¡Qué horror!

KEAM. Y suponiendo que logreis escapar á estas pruebas, aún os esperan otras más crueles: vuestras rivales, porque en el teatro no hay amigos, no hay emulacion noble; sólo hay envidia, falsedad; vuestras rivales harán lo que *Cumner* y otros muchos han hecho conmigo: cada pandilla pondrá en juego sus mil brazos para impedir que

subais un escalon más; abrirá sus mil bocas para vomitar contra vos todo el veneno del sarcasmo; y para preconizar su talento y deprimir el vuestro; empleará para perderos mil medios, que vos no conocereis, que no querreis conocer, y os perderán; comprarán las alabanzas ó las injurias á un precio que nada les cuesta, pero que vos no querreis pagar. El público indiferente, ignorante, crédulo, que no sabe el infame orígen de tales mentiras, las cree y admira como talentos esas reputaciones á fuerza de oirlas alabar un dia y otro; y al fin llegará un momento en que con las lágrimas en los ojos, el arrepentimiento en el corazon, y la desesperacíon en el alma, maldecireis el dia, la hora, el minuto en que os ocurrió la fatal idea de alcanzar una gloria que tan cara cuesta y que tan poco vale. Ahora, levantad vuestro velo: ya dije todo lo que podía causaros rubor.

ANA. ¡Oh, Keam! Keam! Cuánto habreis sufrido.

KEAM. Sí, he sufrido mucho, pero no tanto como debe sufrir una mujer; porque yo al ménos puedo defenderme. M talento pertenece á la crítica, es cierto: puede hollarlo con sus piés, destrozarlo con sus garras; tiene derecho para obrar así y usa de él; pero cuando alguno de esos Aristarcos de café se atreve á poner sus ojos en mi vida privada, entónces cambia la escena, entónces yo amenazo y él tiembla.

ANA. Y bien. ¿No encontrais la compensacion de todas esas penas en los aplausos y la admiracion del público?

KEAM. Algunas veces blasfemo, maldigo y envidio la existencia del mozo de cordel, agobiado con el peso de su carga, la del labrador que riega la tierra con su sudor, y la del marinero que duerme sobre la cubierta de su barco.

ANA. ¿Y si una mujer jóven y rica os dijese: Kean, mis bienes y mi mano son vuestros, salid de ese infierno que os abrasa, de esa existencia que os devora; dejad el teatro...

KEAM. Yo: yo dejar el teatro? no sabeis lo que es esta carre-

ra; es como la túnica de Nesó, que no se puede arrancar del cuerpo sin desgarrar la carne. ¿Yo dejar el teatro? Ceder el campo á mis rivales para que el público me olvide al año ó tal vez á los seis meses.

ANA. ¿Sería posible?

KEAM. Sí. El actor no deja ningun recuerdo; sólo vive mientras dura su vida; su memoria desaparece con la generacion que le vió nacer, y pasa en un instante del dia á la noche, del trono á la nada. No, no; una vez puesto el pie en esta fatal pendiente, es forzoso acabar como se ha principiado; morir como se ha vivido, como murió *Moliere*, en medio del ruido de los aplausos, de los silbidos y de los brabos; pero cuando todavía se está á tiempo de no emprender tal camino, vale más abandonarle. Creedlo. Os digo lo que siento.

ANA. Vuestros consejos son órdenes para mí. ¿Pero qué debo hacer?

KEAM. ¿Dónde os retirásteis ayer al abandonar la casa de vuestro tutor?

ANA. Á la de mi tia, que me quiere como si fuera su hija.

KEAM. Pues bien, volved allí y pedid asilo y proteccion.

ANA. ¿Y podrán concedérmelo? Lord Mervill es poderoso, y cuando conozca el sitio donde me he refugiado...

KEAM. La ley es igual para todos; para el débil y para el fuerte. ¿Vive lejos de aquí vuestra tia?

ANA. En la calle de Santa Clara.

KEAM. Pues bien, tomad mi brazo y os acompañaré hasta allí.

SAL. (Anunciando.) Su Alteza Real el príncipe de Galles.

KEAM. Decidle que no puedo recibirlo, que estoy muy cansado y que duermo.

SAL. Añadiré que habeis pasado la noche estudiando. (Bajo á Keam.) (¿No os parece, señor?)

KEAM. (No. Añade que la he pasado bebiendo y será más fácil que te crea.) (Tambien bajo á Salomon.) Venid. (Á miss Ana.) ¡Ay Keam. Sois dos veces mi salvador.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

LA TABERNA DE PETER-PAT.

ESCENA PRIMERA.

JHON-COAS, BEBEDORES y un CONSTABLE, leyendo un periódico.

BEB. ¿De modo que se lo llevaron sin sentido?
JHON. Sin sentido.
BEB. ¿Y le rompiste siete dientes?
JHON. Siete: tres de arriba y cuatro de abajo. Dos caninos y cinco incisivos.
BEB. ¿De modo que ganó el duque que apostaba por tí?
JHON. Y me dió una guinea por cada diente roto. Le prometí beber á su salud y cumplo mi palabra.
BEB. ¿Y á tí no te ha tocado más que ese regalo?
JHON. Es una friolera. No puede durar arriba de seis dias: hoy estará negro, mañana morado, pasado mañana amarillo y asunto concluido. (Esto lo dice por un cardena, que tiene en el ojo derecho.)

ESCENA II.

DICHOS, LORD MERVILL.

LORD. (Por la primera puerta derecha.) ¿Dónde está el tabernero?

PETER. (Saliendo por el foro.) Á vuestras órdenes, milord.

LORD. Escuchadme y tened cuidado con lo que voy á deciros.

PETER. Ya os escucho.

LORD. Esta noche vendrá aquí una jóven; os pedirá una habitacion y le dareis la mejor; servidla muy bien, porque está destinada á ocupar un puesto muy elevado entre las señoras de Inglaterra. Ahí teneis la recompensa de vuestro trabajo. (Le da una moneda de oro.)

PETER. ¿Teneis algo más que mandar, milord?

LORD. Buscadme un patron cuya barca sea ligera y que quiera fletarla por ocho dias. (Se va puerta derecha.)

PETER. (Saludando.) Muy bien, milord.

ESCENA III.

DICHOS, despues KEAM.

BEB. ¿Conque dime, Jhon, el otro tiene para algun tiempo?

JHON. Lo ménos para tres meses y seis semanas de convalecencia. Así aprenderá á andarse en bromas conmigo.

KEAM. (Entrando puerta derecha.) Maese Peter-pat?

PETER. ¡Hola! ¿Sois vos?

KEAM. En persona; ¿y la cena?

PETER. Se está preparando en la sala grande.

KEAM. ¿Qué tal será?

PETER. Lo mejor que se ha encontrado.

KEAM. Está bien: dadme algo de beber entre tanto.

PETER. ¿Quereis cerbeza ó vino de grosella?

KEAM. Te has figurado, bribon, que soy algun flamenco? Tráeme Jerez. (Peter va al aparador por el vino.)

JHON. Has oido á ese: dice que la cerbeza deshonraría su gaznate.

KEAM. (Á Peter-pat.) ¿No ha venido nadie todavía?

PETER. Nadie.

KEAM. Pues vé á dar un vistazo á la cena, porque me parece que se está quemando.

PETER. Voy.

JHON. (Vamos, es preciso ver qué casta de pájaro es este:

vereis cómo nos reimos á su costa. (Ap á los Bebedores.)

AEB. ¿Qué vas á hacer?

JHON. Si bebe un sólo vaso de la botella que tiene delante, pierdo el nombre que tengo.) (Se aproxima á la mesa de Keam, coge el vaso que éste ha llenado y se lo bebe.)

KEAM. (Con mucha calma.) ¿Qué teneis en ese ojo? No sería malo que le aplicárais media docena de sanguijuelas, porque esos golpes suelen tener mal resultado. (Llena otra vez la copa.)

JHON. (Vuelve á beber la copa al ir á tomarla Keam.) Y habeis pedido del mejor.

KEAM. Me parece que teneis ganas que os igualen los dos ojos, cosa que no veo difícil.

JHON. ¿De veras, tú? Já, já. já!

KEAM. (Llena otra vez la copa.) De veras.

JHON. Pero tendré mi desquite.

KEAM. Gratis. (Llenando otra vez la copa.)

JHON. Á la salud del que paga. (Vuelve á quererla beber.)

KEAM. Buen provecho, amigo. (Le da un puñetazo y cae, y sus compañeros le recogen.) Peter-pat! (Llamando.)

PETER. ¡Señor!

KEAM. Otro vaso. (Peter trae otro vaso y Keam ofrece al Constable.)

CONST. Amigo mio, habeis dado una puñada asombrosa!

KEAM. Me lisonjeais! Parece que sois aficionado?

CONST. ¡Oh! Es ya una pasion: no se verifica en mi departamento una lucha ó una riña de gallos, sin mí presencia: aprecio mucho á los artistas.

KEAM. Pues bien, señor Constable, si quereis cenar conmigo os haré conocer un artista.

CONST. Hola, ¿teneis cena? (Rumor dentro.)

KEAM. Es un bautizo... y como soy el padrino... pronto llegarán.

CONST. Pues voy á avisar á mi esposa que esta noche me retiraré tarde.

KEAM. Decidle que no os espere y será lo más acertado. Peter-pat, Peter!

PETER. (Saliendo por el foro.) Señor!

KEAM. ¿Están todos?

PETER. Ya hace un rato que esperan en el salon grande.

KEAM. ¡Ah! Entónces vamos. Peter, no pierdas de vista la cena.

PETER. Id descuidado, que todo estará dispuesto.

ESCENA IV.

PETER, á poco MISS ANA, primera puerta derecha.

PETER. Ya sabemos que sois un gloton, mister Keam, y un famoso bebedor al mismo tiempo; á vos no se os podrá aguar el vino, á los demas es diferente.

ANA. (Cubierta con el velo.) ¿Hay alguna habitacion desocupada?

PETER. Una hay dispuesta para vos.

ANA. ¿Cómo?

PETER. Me han mandado que tuviese dispuesto el mejor cuarto de la casa para una señora que debía venir esta noche; y si no me engaño, esa señora sois vos.

ANA. Pues guiadme á él.

PETER. Esa es la puerta. (Señala lo primera izquierda.) ¿Se os ofrece algo?

ANA. Gracias, no quiero nada.

ESCENA V.

PETER-PAT y SALOMON.

SAL. (Entrando primera puerta derecha.) Maese Peter!

PETER. Hola, señor Salomon! Lo habeis acertado: llegareis tarde para la ceremonia y temprano para la cena. ¿Quereis tomar algo entre tanto?

SAL. Nada; vengo solamente á hablar con mister Keam de un asunto de teatro.

PETER. Bien, eso no quita para que os traiga un jarro de cerbeza.

AL. Teneis razon; pero decidle á Mister que tengo que hablarle á solas un momento.

ESCENA VI.

SALOMON, se sienta á leer los periódicos; PETER trae la cerbeza.

SAL. ¡Ah! veamos lo que dicen de nuestra última representacion del *Moro de Venecia*... Hem... Hem... Hem. ¡Eh! «Teatro de Druy-Lanc.—Representacion del *Moro de* »*Venecia*... ¡Mister Keam! El teatro estaba poco concur»rido.» ¡Poco concurrido, y devolvieron doscientas entradas por no caber la gente! «La funcion ha sido mé»nos que mediana.» ¡Gracias, señor periodista. «Se re»presentó el *Moro de Venecia*. La ejecucion fué mala, y »el actor Keam interpretó algunas escenas de una ma»nera violenta.» (Mirando la firma.) «Godde Suman.» ¡Ah! ya nada tiene de extraño. ¡Oh! Vergüenza! Vergüenza! Veamos este otro.—«Teatro de Druy-Lanc.—Ayer ha »sido brillante la representacion que se dió en él: el »teatro estaba lleno, y más de la mitad de las personas »que acudían á tomar billetes, no han podido entrar. »La frialdad del actor encargado de representar á Ote»llo...» Vamos, éste lo encuentra frio, y al otro le parece demasiado violento. ¡Eh! Pandilla! Pandilla! ¡Ay! Qué feliz me hace el ser sólo un pobre consueta.

ESCENA VII.

SALOMON y KEAM.

KEAM. ¿Qué tienes que decirme con tanta prisa? Por qué no quieres cenar con nosotros?

SAL. No he venido á cenar, no tengo gana. Sólo vengo á deciros lo que ha sucedido en casa. Ese bribon de Samuel el judio, ya, ya, le conoceis, ha conseguido un mandamiento de prision contra vos, por aquel recibo de cuatrocientas libras esterlinas: la casa está llena de esbirros, y han dicho que esperarán á que volvais.

KEAM. Pues bien; ¿sabes lo que pienso hacer?

SAL. ¿Qué, señor?

KEAM. No volver.

SAL. ¡Señor! Señor!

KEAM. ¿Qué me falta aquí? Buen vino, buena mesa, crédito abierto é inagotable, y amigos que me aman, y por los que olvidaré al mundo entero. Conque deja á los esbirros que se fastidien en casa, y divirtámonos nosotros esta noche. Veremos quién se cansa más pronto.

ESCENA VIII.

DICHOS y MISS ANA.

ANA. ¡Mister Keam! Mister Kam! Oí vuestra voz. Aquí estoy.

KEAM. ¡Aquí vos, miss Ana! En una taberna del puerto! Salomon, dí á mis compañeros que empiecen á cenar. En seguida voy.

ANA. Ahora que estamos solos, explicaos.

KEAM. Antes, decidme qué motivo os ha traido á un sitio tan poco digno de vos.

ANA. Vuestra carta.

KEAM. ¡Mi carta! Yo no os he escrito.

ANA. ¿No me habeis escrito que mi libertad estaba comprometida? Que era preciso abandonase la casa de mi tia, porque... ¡Oh! pero traigo la carta. Tomad, tomad. Vedla.

KEAM. ¡Oh, qué infamia! Esta letra no es mia; en vano han procurado imitarla.

ANA. No importa, leedla; ella os explicará la causa de m venida, y la alegría que experimento al veros. Leedla, os lo suplico.

KEAM. (Leyendo.) «Os han visto entrar en mi casa, os han visto salir, nos han seguido. Han descubierto vuestro retiro; solicitan una órden para arrancaros de él, y la obtendrán. Sólo hay un medio de burlar á vuestros perseguidores; dirigíos esta noche al puerto, preguntad por la taberna del Carbon; un hombre enmascarado irá á buscaros; seguidle sin cuidado; os conducirá á un sitio en que estareis al abrigo de toda persecu-

»cion; en él me encontrareis. Nada temais, y confiad »en mí, que os respeto tanto como os amo.—Edmundo »Keam.—Me vigilan tanto como á vos; por este motivo »no voy yo mismo á suplicaros que tomeis esta resolu- »cion, como la única que puede salvaros.»

ANA. Esta es la explicacion de mi conducta. Creí que era vuestra esta carta y he venido á buscaros.

KEAM. ¡Oh! Doy gracias á la casualidad, ó más bien á la Providencia que me ha conducido aquí. En todo lo que pasa se echa de ver un misterio infame; os juro que le descubriré y que se arrepentirá su autor. Decidme; ¿ha venido el hombre enmascarado?

ANA. Aún no.

KEAM. ¡Peter! Peter!

ANA. ¿Qué vais á hacer?

KEAM. (Á Peter, que sale por el foro.) ¡Ha llegado el Constable?

PETER. Os está esperando en el salon grande con los demas convidados.

KEAM. Decidle que tenga la bondad de venir.

ANA. Keam, me asustais.

KEAM. ¿Qué teneis que temer? Tranquilizaos. (Se dirige al Constable, que sale foro.) Venid, señor Constable. Esta señora es miss Ana Damby; una de las más ricas herederas de Lóndres; quieren obligarla á que se case con un hombre á quien no ama. Os he llamado para confiárosla. Vuestra mision es grande y noble. Extended vuestro brazo sobre esta jóven y salvadla. Ana, entrad en esa habitacion con el señor Constable; contadle cuanto os ha pasado. Yo me quedo aquí; espero á uno.

ANA. ¡Keam! Sed prudente.

KEAM. No os detengais.

CONST. ¡Señora! Cuando gusteis. (Se van por la puerta izquierda.)

KEAM. ¡Qué odiosa trama! Y todo contra una niña delicada, que un soplo basta á destruir. Cuando recuerdo todas las circunstancias que han mediado, cuando pienso que se ha cometido un rapto en mi nombre, que el criminal es un lord arruinado que quería reparar su fortuna. ¡Ah!

Álguien llega... Me parece... Vive Dios... Sí, sí, él es... Temía que no viniese. (Apaga la luz.)

ESCENA IX.

KEAM, LORD MERVILL, enmascarado. Es de noche.

LORD. (Primera puerta derecha, dirigiéndose á Keam.) ¿Ha venido? Dejadme pasar.

KEAM. No puede ser, milord.

LORD. ¿Por qué?

KEAM. Porque no estamos en Carnaval, y está prohibido en Inglaterra desde el reinado de María la Católica ir enmascarado.

LORD. Hay ocasiones en que el hombre tiene que ocultar su semblante.

KEAM. El hombre honrado lleva siempre su cara descubierta. Sé que venis á cometer una infamia. En cuanto á quien sois os conoceré ahora mismo y sabré lo que debo pensar, porque si no os quitais la careta, sabré arrancárosla... y al momento. ¿Lo ois?

LORD. ¡Caballero!

KEAM. Pronto, pronto, milord. ¡Oh! No saldreis, yo os lo aseguro. Aún os queda una mano libre, quitaos con ella la máscara, y creedme; no deis lugar á que se acerque la mia á vuestra cara.

LORD. ¡Ah! Esto es demasiado. Yo sabré quién es el insolente que me insulta.

KEAM. Y yo quién es el infame que quiere huir. (Sujetándole del brazo y arrancándole la máscara.) Venid, venid todos; traed luces á fin de que todos nos conozcamos.

ESCENA X.

PETER, SALOMON, CONSTABLE, PISTOL, ACOMPAÑAMIENTO, CRIADOS, con luces.

LORD. ¡Keam!

KEAM. Lord Mervill! No me había engañado.

LORD. Es un loco.

KEAM. No, milord; esto quedará entre nosotros, y como me habeis inferido un insulto, sirviéndoos de mi nombre para cometer un crímen, me dareis una satisfaccion y todo quedará concluido.

LORD. Sólo hay un inconveniente, y es que un Lord, un noble, un par de Inglaterra, no puede batirse con un saltimbanqui, con un histrion.

KEAM. Sí, teneis razon; media mucha distancia entre los dos. Lord Mervill es un hombre distinguido, pertenece á una de las familias más ilustres de Inglaterra; su nobleza se remonta á la época de la conquista; mientras que el titiritero Keam ha nacido plebeyo y ha sido expuesto en la plaza pública. Verdad es tambien que lord Mervill ha querido restaurar su hacienda con detrimento de la de una jóven hermosa é indefensa, mientras que el titiritero Keam ha protegido á la fugitiva, la ha recibido en su casa, como hubiera recibido un hermano á su hermana; y la ha dejado salir tan pura como entró, á pesar de ser hermosa, jóven é indefensa. Esto no impide que Mervill sea un lord y Keam un cómico. Verdad es que Mervill, par de Inglaterra, tiene asiento en la cámara suprema; hace y deshace las leyes de la antigua Inglaterra, lleva una corona de conde en su coche, y un manto de par sobre sus hombros; pero esto no impide que cuando se digna descender hasta el pueblo, cambie de nombre, ora sea porque se avergüenza del de sus abuelos, ora sea porque no quiere mancharlo: entónces toma el nombre del cómico y firma con él una carta... Esta conducta es digna de un presidiario, ni más ni ménos... ¿Lo ois, Milord? Ademas Keam ofrece á lord Mervill no decir nada de lo ocurrido con tal que le de una satisfaccion del insulto que le ha hecho, y lord Mervill contesta que no puede batirse con un saltimbanqui, con un histrion. ¡Oh! Sí, ¡en efecto! media mucha distancia entre los dos: en todo esto sólo habeis olvidado tres cosas: la primera es que yo podría denunciar

vuestro atentado á la justicia, y poneros en este momento en sus manos; la segunda es que hay insultos que marcan la frente de un hombre, como el hierro la espalda de un forzado, y que yo podía haceros uno de esos insultos; la tercera, en fin, es que estais ahora en mi poder y que podría anonadaros entre mis manos con la misma facilidad que rompería este vaso... já... já... já... si no prefiriera guardarlo para brindar con él... Echa vino, Peter... Á la felicidad de miss Ana Damby: á que pueda elegir líbremente un esposo y que éste la haga tan feliz como yo deseo y ella merece.

TODOS. ¡Bien! ¡Bravo!

KEAN. Podeis retiraros, milord.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

CUADRO PRIMERO.

TEATRO DE DRUY-LANC.

Vestuario de Keam, puerta izquierda secreta.—Id derecha y puerta al foro.

ESCENA PRIMERA.

SALOMON, arreglando los trajes y preparando agua con azúcar.

KEAM. (Entrando por la puerta derecha.) ¡Salomon!
SAL. ¡Señor!
KEAM. Extiende en el suelo una piel de tigre, una alfombra, lo que quieras.
SAL. ¿Qué vais á hacer?
KEAM. Á dar saltos mortales.
SAL. ¿Saltos mortales?
KEAM. Por ahí empecé en medio de la plaza de Dublin, y no

me queda más recurso qne volver á mi primer oficio

SAL. ¿Pues qué hay, señor?

KEAM. Que mi casa está hace ocho dias ocupada por la justicia; que no puedo salir más que en carruaje, y todo por un miserable recibo de cuatrocientas libras esterlinas.

SAL. Vos teneis la culpa, si quisiérais tener más arreglo!

KEAM. ¡Más arreglo! Si Dios me hubiera dotado de esa virtud, sería mercader de paños en la Cité, y no expendedor de versos del teatro Druy-Lanc.

SAL. Pero con el importe de la funcion de esta noche, que es ademas de beneficio estreno de vuestra protegida miss Ana Damby, tendreis bastante para pagar esa deuda?

KEAM. Yo no puedo disponer de ese dinero.

SAL. No me habeis comprendido: dentro de tres ó cuatro dias podeis cumplir vuestra palabra.

KEAM. Eso es: quieres que Keam reciba un préstamo de unos titiriteros. Vamos, déjame. (Váse Salomom.)

ESCENA II.

KEAM, á poco ELENA.

KEAM. Invariable y fiel amigo, para quien mi corazon no tiene secretos, espejo de mis tormentos y de mi vanidad, yo haré grabar tu nombre con letras de oro sobre mi tumba. ¡Ah! Me parece que he sentido pasos en este corredor. No me equivoco. ¿Si será ella?

ELENA. (Tres golpecitos á la puerta izquierda. En este momento Keam cierra con llave la puerta derecha y abre la secreta de la izquierda.) Keam.

KEAM. Elena, os esperaba, pero temía que no vinieseis.

ELENA. Tenía que daros las gracias y responderos. ¡Qué imprudencia!

KEAM. ¿Quereis que me arrepienta ahora de haberla cometido?

ELENA. ¿Quién os exige tal arrepentimiento?

KEAM. ¿Habeis venido? ¡Oh! no esperaba tanta felicidad.

ELENA. ¿Creeis ahora que os amo? Como no puedo venir tan á menudo como deseo, he querido que en mi ausencia os sirviera de recuerdo mi retrato. (Le entrega su retrato.)

KEAM. ¡Vuestro retrato? Os habeis hecho retratar para mí. ¡Oh. sí! aquí está. Pero vos sois más hermosa.

ELENA. ¿No le quereis? (Deja el abanico olvidado sobre la mesa.)

KEAM. Sí, sí; le quiero aquí, aquí siempre sobre mi corazon.

ELENA. ¿Han llamado? (Suenan golpes á la puerta derecha.)

KEAM. La llave está por dentro.

ELENA. ¡Dios mio!

KEAM. (Preguntando á los de afuera.) ¿Quién es?

PRINC. (Dentro.) El Príncipe de Galles.

CONDE. (Id.) Y el Conde de Hocefeld.

ELENA. Mi marido; soy perdida.

KEAM. Silencio: echaos vuestro velo y salid. Perdonad, Príncipe, pero tengo un sentimiento. (Á Elena.) Apresuraos.

ELENA. (En la mayor turbacion.) ¿Cómo se abre esta puerta?

KEAM. El de tener á mis alcances ciertos indivíduos que me persiguen por la bagatela de cuatrocientas libras esterlinas...

PRINC. (Desde dentro.) Comprendido.

ELENA. (Con angustia.) ¡Socorredme!

KEAM. (Á Elena bajo.) (Esperad.) (Al Príncipe.) Y que no tendrían reparo alguno en valerse del respetable nombre de vuestra alteza para atraparme. Tened la bondad de escribir vuestro nombre en un papel. (Quita la llave de la puerta derecha.)

PRINC. ¿Qué haceis?

KEAM. Quito la llave para que podais introducir el papel. (Adios, Elena; no me olvideis. Adios.) (Conduciendo á Elena por la puerta secreta.) Hola, un billete de cuatrocientas libras esterlinas! Es verdaderamente una contraseña régia. Entrad, Príncipe, os reconozco.

ESCENA III.

KEAM, el PRÍNCIPE, el CONDE y SALOMON.

PRINC. (Mirando á todos lados.) Conde, no habeis notado que al

entrar nosotros ha desaparecido Julieta?

CONDE. ¿De veras?

KEAM. ¡Qué locura! Monseñor, desengañaos vos mismo. Os estoy muy reconocido, señor Conde, por haberos dignado venir al cuarto de un pobre artista.

PRINC. No seais fátuo. El Conde no viene á admirar vuestro cuarto sino á satisfacer su curíosidad. Ha querido ver...

KEAM. ¿Cómo se vestía un actor? No es eso lo que vuestra alteza iba á decir? Señor Conde, los cortesanos del público tenemos que observar con más rigor la etiqueta que los cortesanos del rey. Debemos estar listos á la hora fijada sopena de ser silbados. (Campanada para empezar.)

SAL. (Entrando.) Cuando gusteis.

KEAM. Señor, permitidme que os devuelva vuestro billete.

PRINC. Guardadle; es el precio de mi palco.

KEAM. Entónces lo acepto: Salomon, ya sabes lo que has de hacer con este dinero. (Keam va al foro y se empieza á vestir.)

CONDE. (Al Príncipe.) ¿Estais seguro que había aquí una mujer?

PRINC. Segurísimo.

CONDE. Sería su protegida, á la que estaría ensayando el papel que representa esta noche.

PRINC. Eso es muy difícil de averiguar.

CONDE. ¡Oh! (Coge de encima de la mesa el abanico que Elena habrá olvidado.) Yo lo averiguaré. (Se lo guarda en el bolsillo del frac.)

PRINC. ¿De qué modo?

CONDE. (Sonriéndose.) Es un secreto diplomático.

KEAM. (Desde el foro.) ¿Sabe vuestra alteza algo de nuevo?

PRINC. Nada de importancia. Hace dias que un insolente ultrajó á Lord Mervill, en la taberna del Carbon.

CONDE. ¿Por qué?

KEAM. Porque lord Mervill no quiso batirse con él por ser un cómico... creo haber oido hablar algo de eso.

PRINC. ¿Qué os parece la excusa, señor Conde?

CONDE. No estoy en antecedentes, y ademas no conozco las costumbres inglesas, monseñor, pero los alemanes,

cuando nos consideramos insultados nos batimos con todo el mundo, excepto con los ladrones, porque las galeras se encargan de hacernos justicia.

KEAM. (Entrando á medio vestir.) Señor Conde, se conoce que vuestro corazon es noble y la Alemania un país muy culto. Os prometo ir á Viena.

CONDE. Y sereis bien recibido: entre tanto doy las gracias al Príncipe por haberme introducido en el santuario de las artes.

KEAM. Y yo, señor Conde, os suplico dispenseis al gran sacerdote por haberos recibido el primer dia como un iniciado.

CONDE. Señor, no distraigamos á mister Keam.

KEAM. (Bajo al Príncipe.) (Quería hablaros.)

PRINC. Conde, iré á buscaros luégo.

CONDE. (Saludando.) Mister Keam...

KEAM. Caballero...

ESCENA IV.

KEAM y el PRÍNCIPE.

PRINC. Ya estamos solos. ¿Qué queríais?

KEAM. En primer lugar, daros las gracias por vuestras bondades conmigo, y despues excusarme con vos de que habeis ido á mi casa y os han dicho que había salido.

PRINC. ¿Y era falso, eh?

KEAM. Si; pero un negocio de la mayor importancia...

PRINC. ¡Bah!... Entre amigos no hay etiqueta.

KEAM. ¡Entre amigos! Os cojo la palabra.

PRINC. ¿Crees acaso que te engaño?

KEAM. No por cierto; ¿pero quisiera saber si esa palabra sale del fondo de vuestro corazon?

PRINC. ¿Y yo quisiera saber qué motivos tiene mister Keam para hacerme tal pregunta?

KEAM. Si tuviese que pedir á vuestra alteza un favor, no de esos que se conceden de príncipe á vasallo, sino de esos que se hacen de igual á igual, tal vez la buena volun-

tad del protector no podría compararse con la del amigo.

PRINC. Haz la prueba.

KEAM. Señor, los artistas tenemos amores extraños, que en nada se parecen á los de los demas hombres. Á veces, entre las mujeres que concurren diariamente á nuestras representaciones, elegimos una para que sirva de ángel inspirador á nuestro talento. Á ella dedicamos todo el cariño, toda la pasion que nuestros papeles encierran. No representamos por la fama, por la gloria, por el porvenir, no; es por un suspiro, por una mirada, por una lágrima de aquella mujer.

PRINC. ¿Y bien?

KEAM. Y bien, señor. Ese amor imaginario tiene sus celos como un amor real; el hombre que los causa, ¿no debe compadecerse del desgraciado que los padece?

PRINC. ¿Y qué puedo yo hacer para tranquilizar ese amor?

KEAM. Señor, sois jóven, sois elegante, sois príncipe; no hay una mujer en Inglaterra que resista á tantas seducciones reunidas; pues bien, haced la córte á todas las mujeres excepto á E...

PRINC. ¿Excepto á Elena?

KEAM. Lo habeis adivinado.

PRINC. ¿Eres su amante?

KEAM. No, señor; ya os he dicho que el amor que me inspira es ese amor artístico; pero de él pende mi vida, más que mi vida, mi gloria, mi felicidad.

PRINC. Mas si yo me retiro otro ocupara mi puesto.

KEAM. ¿Y qué me importan los demas hombres? Para mí sólo vos sois temible, porque de los demas puedo vengarme, y de vos...

PRINC. ¿Eres su amante?

KEAM. Os repito que no, señor; pero cuando estoy en escena y os miro entrar en su palco... ¡oh! no podeis comprender lo que pasa en mi alma; no veo, no oigo, toda la sangre se me agolpa á la cabeza y me parece que voy á perder la razon.

PRINC. ¿Eres su amante?

KEAM. No y mil veces no; pero si me profesais alguna amistad y quereis evitar un escándalo, del que despues me arrepentiría con todo mi corazon... no volvais á su palco: pero hablando de esto se me había olvidado que van á empezar.

PRINC. Me marcho.

KEAM. ¿Me prometeis?

PRINC. Confiesa que eres su amante.

KEAM. Yo no puedo confesar lo que no es cierto.

PRINC. ¡Adios, Keam!

KEAM. ¡Monseñor!

PRINC. Voy á aplaudirte.

KEAM. ¿Desde vuestro palco?

PRINC. Siendo tan ambiguas tus confianzas, tambien deben ser ambiguas mis promesas.

KEAM. No puedo decir más que la verdad. Haced lo que gusteis.

PRINC. Gracias por el permiso, mister Keam. (Váse.)

ESCENA V.

KEAM, GUIDDA, SALOMON, DARIUS, AUTOR y PISTOL.

GUIDDA. (Puerta secreta.) Mi señora ha dejado olvidado su abanico y vengo á buscarlo.

KEAM. ¡Su abanico! ¿Lo has visto, Salomon?

SAL. Yo no.

KEAM. Buscadlo vos misma, Guidda.

GUIDDA. ¡Ay Dios mio! Mi ama le tenía en tanto aprecio. Como que era un regalo del Príncipe de Galles...

KEAM. ¡Ah! Era un regalo del Príncipe de Galles. Puede que lo haya dejado en su coche.

GUIDDA. Sí; teneis razon.

KEAM. Un abanico regalado por el Príncipe de Galles; en mucha estima tiene ese regalo real. (Llamando.) ¡Darius! Si pensará venir ese imbécil de peluquero. ¡Darius!

DARIUS. (Puerta derecha.) Aquí estoy, señor, aquí estoy. (Óyens

palmadas y ruido del público.)

KEAM. ¿Qué estábais haciendo? Venid á arreglarme.

AUTOR. ¿Se puede mandar que toquen la sinfonía?

KEAM. Sí, ya estoy listo.

AUTOR. Gracias.

KEAM. Mientras me peinan, Salomon, busca ese abanico.

DARIUS. ¿Qué abanico? (Sinfonía lejos.)

KEAM. Uno que dicen haber dejado aquí.

DARIUS. Os hago esta pregunta, porque le he visto uno en la mano al caballero que salió de aquí, y que vino con su alteza. ¡Y qué abanico!

KEAM. ¿Guarnecido de diamantes?

DARIUS. De brillantes.

KEAM. ¿Estais seguro de que era el Conde de Hocefeld, quien...

DARIUS. No sé si era el Conde; lo que sé, es que lo guardó con un aire...

AUTOR. Se va á empezar, mister Keam.

KEAM. Que esperen.

AUTOR. ¿No me habeis dicho que podían tocar?

KEAM. Marchaos con mil diablos.

AUTOR. No levanteis el telon.—No levanteis el telon. (Dentro.)

KEAM. ¿Qué hacer? No puedo verla ni avisarla. ¡Oh! esto es para volverse loco.

DARIUS. ¿Quereis que os ponga la barba?

KEAM. Dejadme en paz. (Ruido muy fuerte del público.)

SAL. ¿Ois? el público se impacienta?

KEAM. ¿Y qué me importa? maldita profesion en la que ninguna de nuestras sensaciones nos pertenece; en la que no somos dueños de nuestras alegrías, ni de nuestros pesares. En la que con el corazon atormentado, es preciso hacer el papel de Faltafs. Siempre la ficcion, nunca la realidad. Sí, sí, el público se impacienta, porque me aguarda para divertirse, y no sabe que en este momento me ahogan las lágrimas. ¡Oh! Qué suplicio! Y luégo, si me presento en la escena con todos los tormentos que mi corazon encierra, si distraido equivoco una pa-

labra, el público me silbará; el público, que nada comprende, que nada adivina de lo que pasa detrás del telon y que nos cree autómatas, sin más pasiones que las de nuestros papeles.

SAL. ¿Qué decís, señor? Qué decís?

KEAM. Que no representaré.

AUTOR. Es preciso. (Entrando con Pistol.)

KEAM. ¿Y quién se atreverá á obligarme?

AUTOR. El Constable.

KEAM. Que venga.

AUTOR. ¡En nombre del cielo! os llevarán á la cárcel.

KEAM. Tanto mejor.

AUTOR. ¿Es terminante vuestra resolucion?

KEAM. ¡Terminante! No representaré. (Ruido fuertísimo en el público.)

AUTOR. ¿Y la entrada?

KEAM. Que devuelvan el dinero. (Váse el Autor.)

SAL. Y miss Ana que hace hoy, bajo vuestra proteccion, su primera salida; y este pobre niño y su familia que esperan para poder vivir el resultado de la funcion de esta noche; y por último, vuestra palabra, que siempre ha sido sagrada.

PISTOL. Sí, mister Keam; nos habeis dado vuestra palabra, y sería la primera vez que faltases á ella.

KEAM. ¡Basta, basta! ¿Dónde está Darius? Y el Autor?

SAL. (Á Pistol.) Vé á buscarle.

KEAM. ¡Mi manto! ¿Qué es esto? Os pido mi cinturon.

PISTOL. Aquí viene, mister Keam.

AUTOR. ¿Me habeis mandado llamar?

KEAM. Sí... Mi puñal.

SAL. ¿Vuestro puñal?

KEAM. Pues mi puñal. ¿Te sorprende? Cómo quieres que me mate?... Representaré. (Al Autor.)

AUTOR. ¡Ah mister Keam! Cuánto os agradecemos?...

KEAM. Basta... Basta... Sólo quiero que digais al público que estoy indispuesto... que... decid lo que querais: me ahogo.

AUTOR. Gracias, gracias, mister Keam.

KEAM. ¿Hay mucha gente?

AUTOR. Está lleno, y disputan todavía en la puerta para entrar.

KEAM. Id, pues. (Ruido de voces y pateo en el público.)

AUTOR. (Dentro.) El actor Keam se halla indispuesto, y suplica la indulgencia de los espectadores.

MUTACION.

CUADRO SEGUNDO.

KEAM y MISS ANA figuran representar Otello, y al levantarse el telon aparece el primero despertando á la segunda, la cual está recostada en un divan. El Príncipe de Galles, Elena, la Duquesa de Grosvill y el Conde en el palco de proscenio principal de la izquierda; el Príncipe de Galles al lado de Elena hablando. Lord Mervill y caballeros en un palco de la derecha.

KEAM. ¡Infeliz! Desdémona.
ANA. ¡Señor!
KEAM. Su vista sólo mi furor aumenta.
ANA. Negro pesar y pena muy cruenta
en vuestro rostro miro con dolor.
KEAM. ¿Habeis rezado?
ANA. Sí, ¡Otello!
KEAM. ¡Yo soy!
ANA. ¿Qué extraña agitacion hoy os domina?
explicadme la causa que os fascina.
KEAM. Os dije que debiais esperarme y aquí estoy.
ANA. Os esperaba amante y cariñoso.
KEAM. Aliento presta y á su ser inspira
su execrable maldad.
ANA. ¡Oh, Dios, delira!
¿Cuándo os pude engañar? Decid, esposo.
KEAM. Olvidad ese nombre venerando;
y al apagar la voz de la conciencia,

pedid al cielo os tienda su indulgencia
absolviéndoos de crímen tan nefando.
¿Dónde el lienzo está de mis amores?
¿Dónde el preciado don que os confiára,
emblema fiel que con amor guardára
de una madre infeliz en sus dolores?

ANA. Es verdad; perdí esa prenda...

KEAM. ¡Perjura!
vuestra fe y mi amor dando al olvido
y ultrajando mi nombre esclarecido,
inflamó vuestro pecho llama impura.
Mientras yo batallaba en lid sangrienta
por la patria mi sangre derramando,
aquí mi honra... ¡cruel! pisoteando...

ANA. Dadme la muerte sin tan fiera afrenta.

KEAM. Imposible parece tal falacia;
tan ruin ficcion en alma tan villana.

ANA. Noble sangre de estirpe soberana
por mis venas circula...

KEAM. ¡Tanta audacia!

ANA. ¡Herid!

KEAM. ¡Señora!

ANA. Matadme sin piedad;
ante la duda cruel que os avasalla,
y en vuestro pecho mísero batalla,
es preferible bárbara crueldad.
¿Qué tardais? Temblais acaso? El crímen
con el crímen se castiga.

KEAM. ¡Oh, deshonra!

ANA. Primero muerta que vivir sin honra.
Olvidad unos lazos que os oprimen;
vuestras manos manchad con sangre pura,
y al exhalar mi postrimer aliento,
maldecireis el bárbaro momento
en que cruel me acusásteis de perjura!
¡Infiel yo! Adúltera, liviana!
¡Herid, señor! Herid sin compasion.

¡Infeliz! Se me escapa la razon
con la afrenta de duda tan villana.

KEAM. ¿Sabeis de Casio?...

ANA. ¡El noble capitan
que en vuestra ausencia respeto fiel
y sumision profunda tuvo á aquel
que su señor llamára?...

KEAM. Qué horrible afan
en vuestro pecho sin querer batalla.
¿Por qué esa agitacion inoportuna?
¿Por qué ese alarde de nobleza y cuna,
cuando infame?... (Saca el puñal.)

ANA. ¡Oh! (Huyendo.)

KEAM. El lienzo ví en su mano.

ANA. ¿Vos? Quizá le encontraría. Señor, buscadle
y acaso explique...

KEAM. ¡Desventurada!
Que mi honra manchó dijo su labio.

ANA. ¡Imposible! Mentira! Id, traedle;
no os hará en mi presencia tal agravio.

KEAM. Es inútil; la tumba helada
encierra para siempre sus despojos.

ANA. ¿Murió?

KEAM. ¡Ah! ¿Le lloras, desdichada?

ANA. No queda llanto en mis dolientes ojos.
¿Murió? Decid. ¿Murió? Cruel! Impío!

KEAM. Horror me inspira la venganza mia;
y aunque saliera del sepulcro frio...
¡Qué miro!

(Fijase en el palco donde está el Príncipe de Galles con Elena, los cuales están hablando y riéndose mientras esta escena.)

Otra vez. (Ap.) (Quiere humillarme.)
Y otras mil le mataría.

ANA. ¡Infeliz! Le han vendido.

KEAM. Qué infame burla.

(Desatendiendo completamente la escena y fijando sus extraviadas miradas en el palco.)

ANA. (Á Keam muy bajo.) Os distraeis.

KEAM. (Sin hacer caso más que del palco.) ¡Y ella!

ANA. (Á Keam.) ¿Pero qué haceis?

KEAM. (Ciego de arrebato se dirige al palco diciendo:) ¡Miserables!

SAL. (Dando golpes en la concha con la comedia.) ¡Señor! Señor!

KEAM. (Dirigiéndose al Príncipe.) ¡Haces alarde de tu cuna!

SAL. (Apuntando muy alto.) De tu pena, de tu pena.

KEAM. (Declamando.) De tu pena, ante mí?

SAL. (Apuntando.) ¿Le lloras?

KEAM. (Sin saber lo que hace.) Le lloras. ¡Ay, me ahogo!

ANA. (Ap.) (¡Cielo!) (Declamando.) No me mateis.

KEAM. Infame, infame. (Dirigiéndose al palco.)

SAL. Señor, volved en vos. (Apuntando.) Otello, Otello.

ANA. Otello... Otello. (Declamando.)

KEAM. Quién me llama Otello? Quién cree que soy un cómico? No. Yo no soy Otello, yo soy Keam: Keam el titiritero, el disoluto, el compañero de vicios del Príncipe real de Inglaterra. Camaradas, venid, rodeadme todos. Echadme vino; echad sin miedo, que quiero brindar por el Príncipe de Galles, el más vicioso, el más indiscreto, el más vanidoso de todos nosotros. Á la salud del Príncipe de Galles, para quien nada hay respetable debajo del cielo; para quien la amistad es una farsa; para quien todas las mujeres son iguales: desde la infeliz criada de taberna que sirve á los marineros del puerto, hasta la ilustre camarista que pone el manto real sobre los hombros de su madre. Á la salud del Príncipe de Galles, que no puede mirar á una mujer, virtuosa ó no, sin perderla con sus miradas. Á la salud del Príncipe de Galles, que me llama su amigo y quiere hacerme su bufon.

LORD. (Desde otro palco.) ¡Fuera Keam! Fuera ese actor.

KEAM. ¡Ah! Que es lord Mervill; un aplauso á lord Mervill, al miserable ractor de jóvenes, al insigne cortesano que ciñe espada y que no quiere, sin embargo, batirse con el plebeyo á quien roba el nombre para aometer una vileza. Sí, sí, un aplauso á lord Mervill y todos reire-

mos. Já!... já!... já!... Cuánto sufro. No puedo más. Ampárame, Dios mio, ampárame. (**Cae desmayado.**)

SAL. Señores: la representacion no puede continuar. El actor Keam acaba de ser acometido de un acceso de locura.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

La misma decoracion del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

KEAM y SALOMOM.

KEAM. ¿Con quién estabas hablando?
SAL. Con unos compañeros del teatro y con Pistol.
KEAM. ¿Y qué les decías?
SAL. Que estabais rematado.
KEAM. Has hecho mal.
SAL. ¿Cómo que he hecho mal? Advertid que si llegan á descubrir que vuestra locura es fingida...
KEAM. ¿Y bien?
SAL. Y que habeis insultado á sangre fria á lord Mervill y al Príncipe de Galles...
KEAM. ¿Y bien?
SAL. Os castigarán severamente.
KEAM. ¿Qué me importa? Qué pueden hacerme? Meterme en la cárcel? Tanto mejor.
SAL. Sí, pero no ireis solo (egoista); siendo asi que fingiendo por ocho dias tan solo.. Estais tan bien en el Rey Lear.
KEAM. Señor Salomon, yo hago comedias desde las ocho de la

noche hasta las doce; pero nunca de dia.

SAL. ¡Señor!

KEAM. No hablemos más de este asunto. Dame la lista de los que han venido.

SAL. Hay dos; esta y la que tiene el portero. Tomad la de los amigos íntimos. (Presentándole una lista.)

KEAM. Está bien.

SAL. Hay más de dos nombres ahí que forman una contraposicion extraordinaria. Desde Willians el cochero hasta el lord de la secretaría.

KEAM. Salomon, vé á la antesala y no dejes entrar á nadie más que...

SAL. Entiendo, señor.

KEAM. Vé.

SAL. ¿Pero cómo la conoceré?

KEAM. Sólo á ella espero.

SAL. Descuidad.

ESCENA II.

KEAM, luégo SALAMON.

KEAM. Diez horas y no haber recibido un aviso, una carta suya. ¡Ah! estabais más inquieta por vuestro abanico que por mí; Elena, y luégo direis que me amais; pero me quejo sin motivo. Tengo su retrato sobre mi corazon. ¿No podría suceder que el Conde que encontró su abanico?... Sí; es posible... Es probable... Oh, sí, sí, esto es... Cuando pienso que en este momento tal vez me llama á su socorro... acusada... amenazada... ¡Oh! yo no puedo resistir más. ¡Salomon! Salomon!

SAL. ¡Señor!

KEAM. El coche.

SAL. ¿El coche?

KEAM. Sí; qué tiene eso de extraño? quiero salir?

SAL. ¿Salir?

KEAM. (Llamando por la ventana.) ¡Nebran! Nebran!

SAL. ¿Para qué le llamais?

KEAM. Tal vez me obedecerá.

SAL. ¿No sabeis que vuestro pobre Salomon hará cuanto le mandeis.

KEAM. Vé, pues, y no me hagas padecer más.

SAL. Voy, Keam! Voy. ¡Ah! Llaman.

KEAM. Sí, sí, llaman; corre á abrir.

SAL. Si es ella os quedareis, ¿no es verdad?

KEAM. (Riéndose.) Imbécil.

SAL. Voy corriendo.

KEAM. ¡Qué niño soy! Mi corazon late lo mismo que cuando tenía veinte años. Estoy loco; no necesito fingirlo.

SAL. Señor, señor; es ella.

KEAM. ¡Ah! Elena, Elena, sois vos?

ESCENA III.

MISS ANA y KEAM.

ANA. No, mister Keam; soy yo. Perdonad que haya venido; pero todos creen que fuisteis acometido anoche de un acceso de locura, y como sé que no teneis familia, he venido...

KEAM. ¡Ah! Conozco de lo que es capaz vuestro corazon. Teneis un alma de ángel. No, no he tenido esa felicidad; porque un loco debe ser muy feliz; no piensa ni recuerda.

ANA. Ahora puedo marchar tranquila.

KEAM. ¿Marchar? Dejais á Lóndres?

ANA. ¿Lóndres? Eso no sería bastante; la Inglaterra. Esta mañana he sido declarada mayor de edad, y el primer uso que he hecho de mi libertad, ha sido firmar un contrato con el corresponsal del teatro de Nueva-York ¿Permitireis qué os escriba? ¿Qué os cuente mis pesares y mis trabajos? mis adelantos? Sí, porque los haré: sobre todo si me sosteneis con vuestros consejos, á pesar de estar separados.

KEAM. Os juro que haré todo lo que pueda por vos. ¿Cuándo partís?

ANA. Dentro de dos horas. Tengo ajustado mi viaje en el paquebot Washington.

SAL. (Bajo á Keam.) (Señor, cuando ménos lo esperaba ha subido por la escalera secreta una señora que dice llamarse Elena.

KEAM. ¡Elena! Oh, dónde está?

SAL. En la habitacion inmediata, y desea hablaros.

KEAM. ¡Ah! Cómo he de hacer? (Entrad en ese gabinete, Ana, y perdonadme. (La conduce primera pnerta izquierda.)

ESCENA IV.

ELENA y KEAM.

ELENA. Ah! Keam. Empieza á córrer la voz de que no ha sido un acceso de locura sino de cólera el que os ha hecho insultar al Príncipe Real y á lord Mervill, y se asegura que este último se ha quejado esta mañana al rey y al ministro, obteniendo órden de prision... Huid! Huid. No perdais un momento, y esta noche dejad á Londrés, la Inglaterra, si es posible... sólo en Francia ó en Bélgica estareis seguro.

KEAM. ¿Yo huir? Yo dejar á Lóndres como un infame que tiembla? Vos no me conoceis, Elena.

ELENA. ¿Olvidais que en la sumaria procurarán indagar el motivo de vuestro arrebato contra el Príncipe Real y contra Mervill y seguramente lo encontrarán?

KEAM. ¡Ah! Sí, teneis razon! Teneis razon! Oidme. ¿Me aconsejais que huya? Estoy pronto. ¿Huiré solo?

ELENA. Keam, ¿estais realmente loco? Nuestro amor fué un momento de extravío, de error, que debemos olvidar completamente.

KEAM. Olvidar! No sabeis que aun cuando me desterrasen, aun cuando no os volviese á ver, tendría siempre vuestra imágen sobre mi corazon y delante de mi vista? No tengo vuestro retrato?

ELENA. Keam, vengo á pedíroslo.

KEAM. ¿Qué decís? Venís á pedirme hoy el retrato que me

disteis ayer?

ELENA. Keam, Keam; despues de lo que he hecho por vos; despues de lo que os he sacrificado...

KEAM. ¿Me habeis sacrificado acaso más que vuestra orgullo? Verdad es que la noble condesa de Hocefeld se ha dignado descender de su altura amando á un cómico; pero este amor fué concebido en un momento de extravío, de error; tranquilizaos, señora, el error fué para mí solo: aquí teneis vuestro retrato.

CONDE. (Dentro.) Os digo que entraré.

SAL. (Id.) Y yo os digo que no entrareis.

ELENA. ¡El Conde! ¡El Conde!

KEAM. Vuestro marido. Ocultaos, Elena, ocultaos. Aquí no, allí. Nadie os verá. (La oculta en la segunda puerta de la izquierda.)

CONDE. (Dentro.) Os digo que es preciso que le vea.

KEAM. ¿Qué es eso, Salomon? Por qué no dejas entrar al señor Conde de Hocefeld?

ESCENA V.

KEAM, SALOMON, el CONDE.

SAL. Señor, me habíais dicho...

KEAM. Que no quería recibir á nadie, es verdad; pero estaba muy distante de esperar que el señor Conde se dignára favorecerme. (Váse Salomon á una seña de Keam.)

CONDE. Yo creía, por el contrario, que os negabais á todos para estorbar que yo os viese.

KEAM. ¿Por qué?

CONDE. Por lo que os dije ayer en vuestro cuarto respecto á los alemanes; que cuando se creen ofendidos se baten con todo el mundo. Yo lo estoy y vengo á desafiaros. En cuanto al motivo de nuestro duelo, podeis inventarle á vuestro gusto... Una cuestion cualquiera.

KEAM. Ya conoceis, señor Conde, que no se debe exigir satisfaccion sino cuando media una ofensa, y no creo haber tenido la desgracia...

CONDE. Esa delicadeza es un nuevo insulto; si no os batís

siendo el ofensor, os batireis siendo el ofendido.

KEAM. Conforme y segun; si se me ofende sin motivo, atribuyo el insulto á locura y compadezco al que me provoca.

CONDE. Cuidado, mister Keam, que publicaré por todas partes vuestra cobardía.

KEAM. No os creerán.

CONDE. Diré que os he levantado la mano.

KEAM. Y yo añadiré que os la detuve para evitar á uno de los dos un eterno pesar.

CONDE. Si no quereis batiros no puedo obligaros á ello, pero me vengaré en vuestra cómplice.

KEAM. ¿Mi cómplice?

CONDE. Sí, vuestra cómplice. He tratado de ocultar este asunto y me obligais á darle publicidad. Pues bien, hablemos ya sin rebozo, mirémonos frente á frente y no aparteis de mi la vista. ¿Conoceis este abanico?

KEAM. ¿Ese abanico?

CONDE. Es de la condesa. ¿Y sabeis dónde lo he encontrado?

SAL. Un billete urgente de su alteza real. (Entrando primera puerta derecha.)

KEAM. Despues.

SAL. No, ahora mismo.

KEAM. ¿Me permitís, señor Conde? (Vase Salomon.)

CONDE. Esperaré.

KEAM. ¿Conoceis la letra del Príncipe de Galles?

CONDE. Sí, ¿pero qué puede importar?

KEAM. Leed.

CONDE. (Leyendo.) «Keam, tened la bondad de buscar en vues- »tro cuarto, con el mayor cuidado, un abanico que, sin »duda dejé ayer olvidado y que pertenece á la condesa »de Hocefeld, quien me lo entregó con el objeto de que »mandára hacer otro igual para la duquesa de Nortum- »berlang.—Vuestro afectísimo Jorge.»

KEAM. Esta carta contesta mejor que yo podría hacerlo á una sospecha, que ahora empiezo á comprender.

CONDE. Mister, Keam, sé que tratan de prenderos: en caso necesario, no olvideis que los palacios consulares son in-

violables, y que la embajada es un palacio consular.

KEAM. Gracias, señor Conde.

CONDE. Adios, mister Keam, adios.

ESCENA VI.

KEAM y el CONSTABLE, por la primera puerta derecha.

KEAM. ¡Se ha salvado! ¡Se ha salvado! Pero es preciso salga de aquí sin perder un instante para que pueda llegar ántes que su marido. ¡Veamos! ¿Quién llega ahora? Dejará entrar Salomon á todo el mundo?

COSNT. Salomon no tiene la culpa, soy yo quien le ha obligado...

KEAM. ¿Vos, señor Constable?

CONST. Sí, mister Keam, y siento en el alma el motivo que me trae aquí. En nombre del rey y de las dos cámaras, daos á prision.

KEAM. ¿De qué se me acusa?

CONST. De haber injuriado gravemente en un sitio público al Príncipe real y á un miembro de la alta cámara.

KEAM. ¿Y qué debo hacer?

CONST. Seguir á mi gente, que se halla en la antecámara. Yo me quedo aqui para poner el sello á todo. Á vuestro regreso encontrareis lo que hayais dejado.

KEAM. Perdonadme, señor Constable, pero en mi casa hay algunas cosas que no podrian permanecer bajo sello todo el tiempo que dure mi prision. Vos sois esclavo de la ley, pero no sereis más severo que ella.

CONST. No, mister Keam.

KEAM. Habreis recibido órden de detenerme, pero no de prender á las personas que se hallen en mi casa.

CONST. La órden no se refiere más que á vos.

KEAM, Pues bien, en ese gabinete está una jóven que conoceis, miss Ana Damby, y que debe partir dentro de una hora para New-Yord en el paquebot Washington, y ya conoceis que tendrá que hacerme algunos encargos ántes de partir.

CONST. ¿Me prometeis no tratar de fugaros?
KEAM. Os doy mi palabra de honor.
CONST. Os aguardo y confío en vuestra palabra.

ESCENA VII.

KEAM y MISS ANA.

ANA. ¿Qué es lo que acabo de oír? Dios mio, quieren prenderos?
KEAM. ¡Ana! Oh, voy á haceros una extraña peticion: podeis negármela, pero no puedo creerlo. El último favor, el último sacrificio. Ya sabeis que en esa habitacion hay una mujer que se pierde indudablemente si llega á ser conocida. Ana, Ana, por lo que más amais en el mundo, tened compasion de ella.
ANA. (Quitándose el velo.) ¡Tomad!
KEAM. ¡Ah! Sois un ángel. Elena, Elena, ya estais libre... Dios mio.
ANA. ¿Qué es eso?
KEAM. ¡Elena, Elena! No está; ha desaparecido, y la ventana que cae al Támesis está abierta. ¡Yo... yo soy su asesino! Dios mio! La he perdido.

ESCENA VIII.

DICHOS y el PRÍNCIPE DE GALLES, por la primera puerta derecha.

PRINC. Se ha salvado.
KEAM. ¿Elena?
PRINC. Sí, Keam, si. Un amigo que desde ayer vela por vos, y que para evitar todo peligro, tenía preparada una góndola al pie de esas ventanas, y un carruaje á vuestra puerta, un amigo que os tiende su mano como prueba de olvido completo, un amigo que ha obtenido de su hermano, aunque con bastante trabajo, que vuestros seis meses de prision, se conviertan en un año de destierro.

KEAM. ¡Ah, señor! Cuán noble sois. ¿Y está designado el sitio de mi destierro?

PRINC. Ireis donde mejor os parezca, con tal que salgais de Inglaterra. Á Paris, á Berlin, á New-York...

KEAM. Á New-York.

ANA. (¿Qué dice?)

KEAM. ¿Y han fijado término para mi partida?

PRINC. Teneis ocho dias para arreglar vuestros asuntos.

KEAM. Dentro de una hora partiré. ¿Puedo elegir el buque que ha de conducirme?

PRINC. El que más os agrade.

KEAM. Pues bien, el paquebot Washington.

PRINC. Y yo espero que volvereis más juicioso.

KEAM. He pensado en casarme, monseñor.

ANA. ¡Ah!

PRINC. ¿Quién es esa jóven?

KEAM. Miss Ana Damby, primera actriz del teatro de New-York.

PRINC. ¡Ah! ¡Miss Ana!. . (Saludándola.)

ANA. ¡Monseñor!...

SAL. (Con un lio de ropa en la mano.) ¡Aquí estoy, señor!

KEAM. ¡Ah, mi pobre Salomon!

SAL. Señor, ya estoy dispuesto.

KEAM. ¿Cómo?

SAL. ¿No vais á New-Nork para seguir trabajando? Pues bien, aquí teneis á vuestro consueta.

KEAM. Ven á mis brazos; vosotros sois mis amigos, mis verdaderos amigos.

PRINC. ¡Ingrato!

KEAM. No, monseñor; sincero y profundo es el respetuoso cariño que mi corazon os consagra; eterna será mi gratitud por vuestras bondades. Ayer ciego y delirante os ofendí; hoy imploro arrepentido vuestro perdon. (El Príncipe tiende la mano á Keam.) Gracias, señor, gracias. Ya veis que estas lágrimas son sinceras; ya veis que no puedo ser ingrato con vos. Y ¿cómo serlo, cuando á vuestra nobleza, á vuestra generosidad, debo el princi-

pio de mi regeneracion? Sí, Príncipe, desde hoy empieza para mí una nueva existencia. Cuando las viles intrigas de los envidiosos, la injusticia de los críticos, ó la mayor de las desgracias del artista, la desesperacion del desacierto atormenten mi alma, no buscaré el olvido de mis pesares en el desenfreno, en la orgía, en la satisfaccion de esos placeres que matan el cuerpo y prostituyen el alma, sino en el seno de una familia, en las caricias de una dulce compañera, en los brazos de este pobre viejo, y en el recuerdo de vuestros beneficios.

PRINC. ¡Keam! Dadme la mano. ¿Me jurais cumplir vuestra promesa?

KEAM. Por mi honor lo juro.

SAL. Por su honor; no lo dudeis, Príncipe; cumplirá su juramento.

FIN DEL DRAMA.



